

Lenguaje y pensamiento

Jesús-Antonio Collado

Idioma y pensamiento

José-Antonio Collado

La cuestión de las relaciones entre lenguaje y pensamiento constituye un problema de difícil penetración, al que quizá sea imposible dar solución satisfactoria y menos aún definitiva. Partiendo de este supuesto, el presente estudio se limitará a exponer el problema de modo que se reflejen los aspectos de su tratamiento, sus núcleos teóricos y las opiniones que ante él se enfrentan.

Metódicamente se nos ofrecen dos puntos de vista distintos: uno teórico y otro empírico. El teórico parte de los conceptos de lenguaje y pensamiento con el fin de analizar sus mutuas relaciones. El empírico se basa en los datos de la psicología del desarrollo, tanto en su proceso normal (adquisición de ideas y formas de expresión lingüística) como en su proceso anormal (perturbaciones debidas a retraso mental, a sordera, o a los diversos tipos de afasia).

En el aspecto teórico se dan dos posiciones encontradas. La primera afirma que lenguaje y pensamiento constituyen una sola realidad, un proceso único, de modo que considerar el pensamiento humano desligado de su manifestación lingüística sería tan imposible como imaginar a un hombre sin cuerpo. En este sentido, la relación entre el lenguaje y el pensamiento es comparable a la que existe entre una melodía y el sistema tonal en que se realiza. Una melodía se puede trasponer a tonos diferentes o interpretar con distintas clases de instrumentos sin que por ello deje de ser la misma melodía; así también un mismo pensamiento puede expresarse en lenguas distintas sin

que por ello se modifique en su contenido. La segunda posición defiende que lenguaje y pensamiento son dos realidades o procesos enteramente independientes uno de otro, de modo que el lenguaje viene a ser como el ropaje o vestidura del pensamiento, su presentación externa, o si se quiere, su materialización. El pensamiento sería, según esto, un acto mental puro, y el lenguaje su expresión verbal.

La presente exposición se centrará principalmente en torno al punto de vista teórico, teniendo en cuenta las dos posiciones contrarias y limitando a lo más preciso las referencias a los datos empíricos. Esto se debe, tanto a la dificultad de acumular en un resumen una relación adecuada de los datos experimentales existentes, como a la insuficiencia de estos mismos datos experimentales para esclarecer en sus raíces últimas el problema que nos ocupa. Creemos, por tanto, que se trata de una cuestión teórica ante todo, y que los datos empíricos pueden tener un valor ilustrativo, sin que jamás puedan aportar una explicación final.

Los conceptos de lenguaje y pensamiento.

Ocurre con harta frecuencia, que los autores que tratan este tema parten en sus exposiciones del concepto de lenguaje, mientras se olvidan de precisar el concepto de pensamiento, que es donde reside la principal dificultad.

Visto desde el lenguaje, el pensamiento aparece como algo etéreo y confuso, o como un complicado proceso psicológico que sólo en virtud del lenguaje alcanza precisión y contornos. Por eso yo creo que es preciso comenzar fijando el alcance de ambos conceptos con criterio libre y objetivo, y sin hacer depender el uno del otro.

Del lenguaje poseemos todos un conocimiento inmediato, aunque no por eso científico ni especializado, de-

bido al uso que hacemos de él diariamente. La noción científica de lenguaje nos introduce en un dominio ya más complicado, aunque no por eso difícilmente aséquible; en todo caso el lenguaje ofrece un aspecto material por el que puede asirse fácilmente. Por lenguaje se entiende, ya la facultad de hablar, ya más estrictamente el sistema de signos fónico-acústicos en que consiste la lengua, instrumento al servicio de la comunicación creado por la comunidad hablante.

Más difícil es, sin duda, precisar la noción de pensamiento. También es verdad que todos poseemos una experiencia inmediata de nuestra actividad mental; tenemos conciencia de que pensamos, estamos convencidos de nuestras ideas, poseemos nuestras opiniones sobre las cosas, en una palabra: somos seres racionales. Pero si se nos pregunta qué es pensar, qué son las ideas, en qué consisten las opiniones, es muy difícil y hasta comprometido dar una respuesta definitiva. Si en busca de la noción científica de pensamiento recurrimos a la psicología, ésta nos introduce en el laberinto de los procesos anímicos, en los estados de conciencia, en las formas de comportamiento, con todo lo cual se hace prácticamente imposible ver con claridad en qué consiste y cómo funciona el mundo de nuestra mente.

Pero hay una ciencia que hace precisamente de esto su objeto; esta ciencia es la lógica, que estudia el aspecto formal de las cosas pensadas y las leyes de sus relaciones en cuanto objetos mentales. Alguien dirá tal vez que esta suposición del pensamiento es un apriorismo. Tal vez tenga razón. Lo cierto es que, si sólo externamente, a posteriori, queremos deducir el pensamiento, el único camino viable es el del lenguaje en el sentido de proceso evolutivo de asimilación que nos va marcando las formas de adaptación al mundo ambiente y el adiestramiento necesario en nuestras relaciones con los demás dentro de él. Pero a nadie se le oculta que el lenguaje así considerado resulta una vía excesivamente estrecha para tomarla como

acceso único a los extensos dominios de la mente. De aquí la enorme dificultad de precisar las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento sin partir del mundo conceptual como realidad independiente.

Una vez expuesta la noción general de lenguaje, prescindiendo de ulteriores precisiones sobre este punto, que por lo demás pueden verse en cualquier manual de lingüística. Por el contrario creo necesario detenerme en la noción de pensamiento, tanto por la dificultad que encierra, como por haber sido más descuidada. Sin una noción clara de lo que se entiende por pensamiento, no es posible obtener una base adecuada que permita tratar debidamente el tema propuesto.

El pensamiento es un modo especial de captación de la realidad, propio y exclusivo del hombre, al que ya los griegos dieron el nombre de *nóesis*. ¿En qué consiste, pues, esta *nóesis*?

El sentido de esta noción supone que el hombre es capaz de conocer de modo humano el mundo de los objetos externos. De esta capacidad se deriva el poseer ideas de las cosas, que son el modo de apropiación cognitiva de dichas cosas subsiguiente al acto de conocimiento. Según esto, la idea o concepto es un producto de la mente en virtud del cual entendemos o sabemos lo que son las cosas; es decir, que al conocer nos hacemos poseedores de una imagen o reproducción mental de esas cosas u objetos.

El concepto es por una parte la forma mental en que conocemos una cosa (*nóesis*), y por otra la cosa misma en cuanto conocida, la cosa objetivada en la mente (*noema*). Como forma de conocimiento, el concepto es una imagen de la cosa conocida en la cual el cognoscente conoce dicha cosa. Poniendo una comparación podría decirse que es el espejo mental en que se refleja la cosa u objeto externo, un espejo que es la mente misma, que tiene la forma o hechura de la mente. Como objeto de conocimiento, el concepto es la cosa en el espejo reflejada.

Lo que llamamos concepto formal es, pues, «una cosa de nosotros por la cual conocemos el objeto, mientras que el concepto objetivo es una cosa del objeto por la cual es conocido por nosotros» (1).

Es evidente que, desde el punto de vista cognoscitivo, lo que inmediatamente nos interesa es el concepto formal o *nóesis*, que a su vez es signo formal o imagen del objeto conocido. Por eso nuestros conceptos mentales *significan* las cosas que representan. Si esto es así, podemos afirmar que mediante el proceso cognoscitivo contamos con una posesión del mundo de tipo noético. Ahora bien, ¿cuáles son las características de esta posesión noética del mundo?

Los objetos del mundo externo accesibles a la facultad cognoscitiva son en su realidad física singulares y concretos. Sin embargo, la mente cognoscente no los posee en su ser físico, sino a través de las imágenes o formas intencionales que hemos llamado conceptos. Esto implica que aquello que ha pasado a ser objeto de conocimiento intelectual, ha recibido en la mente y de la mente un modo de ser irreal mediante el cual significa una pluralidad de objetos. A esto se llama *concepto universal*. El concepto universal comporta, por tanto, la segregación de una serie de caracteres generales aplicables a una pluralidad de objetos. Cuando yo contemplo, por ejemplo, un monte, mis ojos están viendo ese monte, pero mi pensamiento está plasmando mediante el concepto formal la idea de *monte*, que ya no se limita precisamente a ese monte que yo estoy viendo, sino que conviene a cualquier monte. En esto consiste la universalidad de los conceptos; y en este sentido, los conceptos universales guardan una semejanza con los términos del lenguaje, por ejemplo la palabra «monte», de carácter igualmente universal.

Los conceptos universales, según su modo de aplica-

(1) J. Maritain, *El orden de los conceptos*. Buenos Aires, 1958, p. 41.

ción a las cosas concretas, se dividen ya desde Aristóteles en diez grupos o categorías supremas, los llamados *predicamentos* (2). Es decir, que la experiencia está intelectualmente organizada, según el filósofo griego, en diez tipos de conceptos generales, predicables de los seres concretos (3).

Ahora bien, ¿en qué se funda o a qué se debe este modo de conceptualización? A la naturaleza misma de la mente humana, que es una potencia abstractiva. Lo que la mente directa e inmediatamente capta es la realidad o esencia de las cosas materiales en cuanto concepto universal, es es decir, prescindiendo o abstrayendo de la materialidad y de los caracteres individuales. Esto significa que las cosas no tienen acceso al entendimiento sino universalizadas en el sentido explicado; lo cual se opera a través del proceso abstractivo.

Mediante el conocimiento sensitivo, el hombre conoce los objetos materiales en la medida en que éstos están dotados de las llamadas cualidades sensibles, como son el color, la extensión, la figura, etc., que son las que afectan a los órganos sensoriales. Así obtenemos las imágenes o representaciones de las cosas concretas y singulares, por ejemplo la imagen de una casa, de un árbol, etc.

La otra forma de conocimiento que llamamos intelectual, prescinde por completo de las cualidades sensibles, registrando tan sólo las notas o caracteres comunes a varios objetos, para lo cual prescinde o abstrae de lo concreto e individual. Con ello entendemos lo que es una

(2) Aristóteles propone las categorías en los términos siguientes: «Cada una de las expresiones que no entran en una composición significa la sustancia, o cuánto, o cuál, o en relación a qué, o dónde, o cuándo, o estar situado, o estar en un estado, o hacer, o padecer» (*Categorías*, cap. IV).

(3) Para un análisis de las categorías aristotélicas en su relación con el lenguaje, véase E. Benveniste, «Categories de pensée et catégories de langue», en *Problèmes de linguistique générale*. París, 1971, pp. 63 y sigs.

esencia o naturaleza común a una pluralidad de objetos y realizada en ellos. y obtenemos la idea de *casa* o *árbol*, que no es ya la simple representación de una casa o de un árbol, sino la noción del significado o significados de dichos objetos. A esto se refiere el pensamiento, y no a los caracteres concretos de una casa o un árbol vistos. Así podemos, por ejemplo, tener idea de un miriángono, sin que por eso hayamos de poder imaninárnoslo. A esta operación intelectual se llama en filosofía *abstracción lógico-metafísica*, que prescinde de toda materialidad, considerando, ya la pura forma lógica, ya la pura esencia o entidad. Bajo este aspecto estudia el lógico los conceptos o formas de la mente, y el metafísico las esencias de las cosas.

Si estas nociones responden a una realidad psíquica humana, o dicho con más propiedad, a la estructura de la mente humana, y no son puras ficciones de intelectualismo o intuicionismo, entonces es necesario presuponer la inteligencia con su función propia: el pensamiento en la forma descrita. En este sentido se expresa H. Delacroix al concluir de los datos empíricos facilitados por la psicología del desarrollo, que en el niño la inteligencia es un hecho primario, algo constitucional dado con la misma naturaleza. Por esta causa, dice, han fracasado las diversas tentativas de deducir la inteligencia. La filosofía intelectualista ha sabido demostrar siempre al empirismo que olvidaba la inteligencia y que era preciso añadirla a sus principios. El *nisi ipse intellectus* de Leibniz es una verdad incontestable. El orden inherente al mundo, del cual el empirismo no puede prescindir, es la inteligencia misma, que además es la percepción de este orden (4).

Posiciones de los filósofos del lenguaje.

Esta convicción ha poseído siempre tal vigencia, que

(4) Cf. H. Delacroix, *Le langage et la pensée*. Paris, 1930, pp. 108-9.

por ella se ha regido en lo sustancial el pensamiento filosófico siempre que se ha tratado de establecer las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. Y tal vez haya sido Aristóteles quien con más clarividencia y simplicidad haya propuesto la cuestión. Según él, las palabras habladas (phonaí) son símbolos de los conceptos, así como las palabras escritas son símbolos de las palabras habladas. El pensamiento escolástico sobre este punto estuvo dominado en su mayor parte por la concepción aristotélica.

Los filósofos de la Ilustración, así como los representantes del idealismo, consideran también el pensamiento como la realidad primaria. Los ilustrados parten de la razón humana como fuente de todo progreso. Para Locke, por ejemplo, la actividad mental es algo puramente incorpóreo, y las palabras son representaciones de las ideas existentes en la mente de los hablantes (5). Los idealistas consideran la idea, el espíritu, como primer principio eficiente, derivando de él toda clase de actividad humana.

En contra de esta actitud idealista se sitúa Marx (y tras él los filósofos materialistas) al decir: «El espíritu lleva siempre en sí la maldición de estar trabado con la materia» (6). Según Marx, la materia hecha vibración acústica, sonido, es lo que llamamos lenguaje. El lenguaje es tan antiguo como la conciencia; es la verdadera conciencia práctica de la humanidad, y nace de la necesidad que el hombre tiene de comunicarse con los otros hombres (7).

Ya anteriormente se había expresado Humboldt en este sentido al decir que «el lenguaje es lo sensible del espíritu humano», «el órgano forjador del pensamiento». Sin lenguaje no puede definirse el pensamiento, ni la representación hacerse concepto; por eso ambos son inseparables.

(5) Cf. J. Locke, *Essay concerning human understanding*, III, 2, 2.

(6) K. Marx, *Die deutsche Ideologie*, Berlín, 1953, p. 27.

(7) Cf. K. Marx, *ibid.*

«Aunque distinguiamos pensamiento y lenguaje, tal distinción no existe en realidad» (8).

Por fin, el mismo Saussure se inscribe en esta misma dirección: «Hecha abstracción de su expresión por medio de palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta... Sin la ayuda de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua» (9).

Entre los lingüistas modernos predomina esta opinión, siendo seguida incluso por filósofos interesados por los problemas lingüísticos.

Los presupuestos teóricos del problema.

Las necesarias implicaciones mutuas del lenguaje y el pensamiento nos obligan a proponernos una doble pregunta:

¿Existe el pensamiento puro?

¿Se puede llamar pensamiento propiamente dicho a cualquier acto o proceso mental relacionado más o menos estrechamente con fórmulas verbales?

La respuesta a estas dos preguntas exige que la noción filosófica de pensamiento antes expuesta sea sometida a una serie de puntualizaciones.

1) Por pensamiento puro habría de entenderse una actividad mental puramente espiritual y abstracta, exenta de toda materialidad; pensamiento puro sería el grado de abstracción lógico-metafísica, y últimamente el acto puro y el ser puro. En términos hegelianos, el puro ser es la

(8) Cf. W. von Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues*. Berlín, 1836. Edic. facsímil, Bonn, 1968, p. 52 y sigs.

(9) F. de Saussure, *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, 1967, p. 191.

pura abstracción Este pensamiento puro estaría exento de toda imagen y de toda representación, de todo simbolismo y de toda forma verbal. El objeto de la metafísica es el ser puro o esencia abstracta, y los procesos mentales objeto de la lógica, las ideas y los juicios, son desde el punto de vista de esta ciencia actos mentales puros. A nadie se le ocurrirá, creo, poner en duda por lo menos el objeto de la lógica. Pero veamos la cuestión desde el plano psicológico.

Psicológicamente hablando, el pensamiento, la idea, ocupa un lugar medio entre el pensar propiamente abstracto, intuitivo, y un tipo de actividad mental menos definida, de la que hablaremos seguidamente, y que se rige por una especie de automatismo. Ciertamente en la cúspide de la estructura mental humana se da el pensamiento puro, esas regiones etéreas de las intuiciones que apenas se pueden expresar, y que a veces son el origen de posteriores elaboraciones conceptuales. De este tipo son las intuiciones de los espíritus geniales, refractarias a toda formulación en términos concretos. Pero con estas intuiciones no podemos hacer nada en lingüística.

En el extremo opuesto se halla la serie automatizada de hábitos mentales prácticos que regulan nuestra vida ordinaria y que nos ahorran en muchos casos el esfuerzo de discurrir o reflexionar. De este tipo es, por ejemplo, el pensamiento que acompaña a nuestras conversaciones ordinarias y a nuestras actividades cotidianas. Pero tampoco este pensamiento automatizado constituye el punto crítico de la discusión.

Lo que nos interesa realmente como problema lingüístico en este caso es el pensamiento discursivo que, partiendo de una idea concreta, desencadena los procesos del juicio y del raciocinio, procesos que a su vez se traducen en fórmulas verbales. Este pensamiento discursivo va de hecho siempre acompañado de imágenes, incluidas entre ellas las verbales, pero no obstante, en sí mismo, es de naturaleza distinta y superior a toda imagen.

Comparada con el pensamiento, la imagen es fragmentaria, arbitraria, accidental; más que expresión es señal, símbolo si se quiere de la actividad mental, y aun tan sólo la simboliza parcialmente. Toda imagen queda superada por el saber. La imagen solamente cobra realidad en virtud de su significado espiritual y en el consorcio con otras imágenes. El pensamiento, en cuanto espiritual, está por encima de toda imagen.

2) Existen además actos mentales a los que generalmente llamamos pensamientos, acompañados de representaciones e imágenes tanto sensoriales como verbales, los cuales no son pensamientos o ideas en el sentido dicho, sino que más bien se cofunden con diversos estados y procesos psíquicos, como son sentimientos, sensaciones, deseos, voliciones, recuerdos, etc. A estos pensamientos vagos y difusos les falta el núcleo cognoscitivo específico: la reflexión, el perfil y fijeza propios de la idea. Muchos de estos actos mentales están regulados, como hemos dicho, por un cierto automatismo psíquico, y en ellos es espontánea y aun necesaria la fusión del elemento conceptual con las imágenes verbales. Pero una cosa son las ideas claras y definidas, capaces de expresión lingüística, y otra esos pensamientos amorfos, en el fondo sensaciones o sentimientos, que se condensan en fórmulas verbales. Como dice Sapir, aun prescindiendo de si es posible o no el pensamiento sin lenguaje, lo que sí es cierto es que el hablar no siempre supone que se piensa. No todo uso que hacemos del lenguaje tiene por fin inmediato la expresión de nuestra vida mental. «En la vida ordinaria no nos interesamos tanto por los conceptos en cuanto tales, sino más bien por particularidades concretas y relaciones determinadas. Si yo digo, por ejemplo, "he desayunado bien esta mañana", es claro que no estoy sintiendo los dolores de un pensamiento laborioso, sino que lo que estoy comunicando no pasa de ser un recuerdo agradable,

expresado simbólicamente en los términos de la conversación habitual» (10).

De todo lo cual es preciso concluir que, en principio, una cosa son las palabras, las fórmulas que utilizamos en los enunciados, y otra el valor conceptual de esas palabras y enunciados. En realidad, el pensamiento puede quedar o muy por encima o muy por debajo de las palabras y enunciados. Las palabras pueden ser adecuadas o inadecuadas para expresar el pensamiento, pueden expresarlo en todo o sólo en parte, y pueden incluso no significar nada. Así decimos que una persona habla por hablar, por no callar, sin pensar, etc., dichos vulgares que expresan la conciencia de los hablantes de que el lenguaje puede estar vacío de sentido.

Existe, por tanto, un lenguaje que es expresión intencionada del pensamiento, y otro lenguaje de tipo automático, por frases hechas, en que apenas interviene el pensamiento reflejo.

Estas puntualizaciones en torno a la noción de pensamiento y al proceso de su realización ponen de manifiesto que las relaciones entre lenguaje y pensamiento constituyen un problema complicado que no se puede resolver con una actitud rígida y partidista. Lenguaje y pensamiento son dos áreas de expresión y significado de alcance diverso y a distintos niveles.

La relación entre lenguaje y pensamiento.

1) Las palabras no se derivan de las cosas, sino que son la materialización del pensamiento. Todas las antiguas concepciones matológicas sobre el conjuro de la palabra, sobre la fuerza mágica de los nombres como si en ellos se contuviera y delatara la esencia, el misterio de las cosas, no son sino imaginaciones de una mentalidad

(10) E. Sapir, *Language. An Introduction to the Study of Speech*. London, 1970, p. 14.

infantil sin fundamento real alguno. Asimismo la vieja disputa entre los filósofos griegos sobre si las palabras significan las cosas por naturaleza (*physei*) o por convención (*thései*), no toca el núcleo del problema, pues, si bien las palabras sirven para designar las cosas, estando por tanto relacionadas con ellas, esta relación no es directa, sino que va a través de las ideas de las cosas existentes en el entendimiento. Sin ideas no hay palabras. Aristóteles fue el primero en llevar la cuestión a sus justos términos, poniendo a las palabras en relación directa con las ideas e incluso equiparando la estructura del lenguaje con la estructura del pensamiento.

Por lo que a las onomatopeyas se refiere (el lenguaje pudo haberse originado en parte por la imitación de los ruidos y sonidos naturales junto con el simbolismo de aquí resultante), la cuestión es la misma. Las palabras onomatopéyicas imitan, no el ruido o sonido natural en sí, sino la representación de ellos en nosotros recibida.

Las denominaciones lingüísticas no se refieren, pues, directamente a las cosas del mundo externo, pues, siendo en su origen imágenes verbales, se emparejan con las imágenes eidéticas de las cosas; éstas no existen en nosotros en su forma natural, sino en calidad de objetos abstractos; y la realidad de todo objeto abstracto es producto del entendimiento humano. Por eso Saussure pone buen cuidado en advertir: «Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica» (11).

Tampoco la forma fónica de las palabras es determinada por las cosas; la palabra *árbol*, por ejemplo, no es más apta para expresar su significado que cualquier otra expresión imaginable. Este fue el punto de vista predominante en la investigación lingüística. Las posibles semejanzas fonéticas y morfológicas entre palabras de distintas lenguas nunca se atribuyeron a imitaciones de los

(11) F. de Saussure, o. c., p. 128.

objetos naturales sino a parentesco lingüístico o a préstamos de otras lenguas. Y precisamente este hecho de que ni la palabra ni su forma fónica estén emparentadas con la esencia de la cosa designada, precisamente el hecho de que todo conjunto fónico sea un signo libremente establecido, confiere a la lengua una elasticidad muy útil para la expresión del pensamiento. Tales signos libres, arbitrarios, independientes de los objetos concretos, pueden servir de denominaciones comunes a distintos objetos del mismo género, por manera análoga a los conceptos generales y universales. Si yo digo *casa, monte, perro, libro*, expreso cada vez un concepto general con un término general; pues los sentidos perciben lo singular, pero el entendimiento y la palabra expresan lo universal.

Con todo, al afirmar la relación directa de las palabras con el pensamiento, no pretendemos negar la relación indirecta que guardan con las cosas; a ésta precisamente se debe la posibilidad de la comunicación y el entendimiento mutuo entre los hablantes. Sin la referencia de los signos lingüísticos a las cosas del mundo real, el lenguaje sería a lo sumo un monólogo, pero nunca un medio de dialogar con los demás. Los pensamientos de los interlocutores se encuentran, se intercambian, justamente en ese punto fijo de referencia que son las cosas designadas. El significado de las palabras se concretiza al referirse indirectamente a los objetos concretos y a sus relaciones entre sí fuera del pensamiento.

2) Esto supuesto, nos preguntamos: ¿dónde reside la verdadera relación entre el lenguaje y el pensamiento? A lo que podemos contestar escuetamente: en la función del lenguaje consistente en ser expresión articulada del pensamiento. Con esta simple afirmación hemos tocado, creo, el punto neurálgico del problema.

Lo que ahora tratamos de investigar no es los significados de las palabras, sino los significados en las palabras, o mejor dicho, las palabras en cuanto portadoras de significado, de contenido intelectual. De este modo

valoramos el lenguaje únicamente en cuanto expresión del pensamiento, y medidos el pensamiento en su efectiva realización lingüística, no en sus posibles contenidos inexpressados o inexpressables. Partiendo de aquí pretendemos ver que el pensamiento es el contenido de mayor densidad que cualquier fórmula lingüística es capaz de sustentar. De no seguir este camino, el problema se desenfoca y la atención se desvía de lo único realmente importante: la traducción del pensamiento a fórmulas simbólicas, en que consiste la función más destacada del lenguaje. Nadie, que yo sepa, ha caracterizado esta función con mayor justeza que Gabelentz en esta simple definición: «El lenguaje humano es la expresión articulada del pensamiento mediante sonidos» (12).

Quizá el alcance de esta definición no se perciba a primera vista; pero es el mismo autor quien desentraña todo su sentido. Así prosigue diciendo:

«Articulación es estructuración; esto da a entender la palabra. Ahora bien si la articulación ha de constituir uno de los caracteres primordiales del lenguaje humano, su sentido no puede radicar, o no puede radicar sólo, en el modo de su producción mecánica (fisiológica) y en su efecto acústico, sino que hay que considerarla en razón de una finalidad que la haga ser articulación humana.

La finalidad de la lengua es la expresión del pensamiento. El pensamiento y sus partes tienen que penetrar en la conciencia con un suficiente grado de energía, pugnando por la expresión lingüística. Energía significa en este caso lo mismo que claridad. Hacerse idea clara de un pensamiento es descomponerlo, analizarlo. Al resultado de este análisis debe corresponder la expresión lingüística, que a su vez debe ser estructurada, es decir, articulada...

He hablado de expresión articulada mediante sonidos, no de expresión mediante sonidos articulados, queriendo

(12) G. von der Gabelentz, *Die Sprachwissenschaft*. Leipzig, 1901; reimpr. en Tübinga, 1969, p. 3.

con ello dar a entender que la articulación es algo intentado en función de la expresión lingüística, y no algo puramente fisiológico, algo que pertenezca sólo a la sustancia del sonido» (13).

Esta atinada explicación de Gabelentz contiene puntos que exigirían a su vez un comentario. Es interesante observar cómo Gabelentz considera el pensamiento como algo dinámico, como un proceso vital de la conciencia en busca de su forma perfecta. Esta forma la alcanza el pensamiento cuando llega a ser idea clara, y llega a serlo mediante el análisis de sí mismo. Al resultado de este análisis *debe corresponder* la expresión lingüística, siendo a su vez también analítica, es decir, articulada. Hay, por tanto, dos análisis o articulaciones: la del pensamiento y la correspondiente del lenguaje. En la correspondencia de articulación está la esencia del lenguaje, que por esto es forma verbal, expresión del pensamiento.

De estas incisivas ideas de Gabelentz se hace eco Saussure cuando escribe:

«El pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse. No hay, pues, ni materialización de pensamientos, ni espiritualización de sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el «pensamiento-sonido» implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre esas dos masas amorfas». «Se podrá llamar a la lengua el dominio de las articulaciones; cada término lingüístico es un miembro, un *artículo* donde se fija una idea en un sonido y donde un sonido se hace signo de una idea» (14).

Fácilmente se echa de ver cómo Gabelentz cala más hondo en el núcleo de la cuestión que Saussure.

Pongamos un ejemplo que ilustre estas ideas:

La palabra «casa» es la articulación verbal del concep-

(13) G. von der Gabelentz, o. c., pp. 5-6.

(14) F. de Saussure, o. c., pp. 192-193.

to *casa* en el signo fónico. Ambas cosas, la palabra y el concepto, se aunan en la articulación. El concepto articulado busca la articulación de la palabra, y por la palabra es accesible el concepto. La lengua es la forma verbal que nos hace tangible el pensamiento.

La lengua, en su conjunto, se organiza formando una totalidad, un sistema; es un sistema de signos distintos que pueden ser igualmente descompuestos en unidades inferiores y reagrupados en unidades superiores más complejas. Esta es la gran estructura en que se aloja el pensamiento, y sólo así es transmisible. No es que sin la forma lingüística el pensamiento no exista, no sea realizable o no pase de ser una masa amorfa, sino que por ser pensamiento humano tiende de suyo a expresarse y transmitirse bajo los moldes dados por la lengua. De donde nace precisamente una grave dificultad.

3) Esa expresión simbólica, articulada, del pensamiento que llamamos palabra y lenguaje, constituye un medio externo al mismo pensamiento, incluso un medio extraño al pensamiento. El pensamiento es inmaterial, el lenguaje es material; el pensamiento es individual, el lenguaje es social. Para exteriorizar nuestros propios pensamientos hemos de hacer uso de un sistema previamente elaborado, de un instrumento de la comunidad creado para fines distintos de los de la expresión individual, y por eso muchas veces inadaptable a nuestras necesidades. El lenguaje lo tiene que aceptar el individuo tal y como lo encuentra depositado en la comunidad de hablantes de que es miembro. Las posibilidades de evasión del canon lingüístico son muy escasas. De aquí esas conocidas quejas de los genios, de los místicos y de los poetas, a causa de la estrechez y torpeza del lenguaje; de aquí que todo pensamiento auténticamente original sea de suyo inexpressable, y que solamente seamos capaces de exteriorizar lo que forma parte de vivencias análogas de nuestros congéneres. Sin la base común de conocimiento, la comunicación es imposible.

El lenguaje coarta evidentemente el pensamiento. Ante esta desoladora experiencia, grandes pensadores como Bacon y Leibniz soñaron con la creación de una lengua universal, capaz de expresar toda clase de conocimientos. La unión entre lenguaje y pensamiento es, en realidad, una unión mal avenida. Afirmar que el lenguaje y el pensamiento se complementan mutuamente, no es explicar cómo se complementan. La relación entre ambos es, en todo caso, una relación asimétrica. No hay que fiarse de las apariencias. «Aun admitiendo —escribe Benveniste— que el pensamiento no puede ser captado sino en cuanto formado y actualizado en la lengua, habríamos de preguntar si poseemos un medio de reconocer al pensamiento caracteres que le sean propios y que no deban nada a la expresión lingüística. A la lengua la podemos describir por sí misma. Así también sería preciso alcanzar el pensamiento directamente. Y si fuese posible definir a éste por rasgos que le pertenecieran exclusivamente, veríase a la vez cómo se ajusta a la lengua y de qué naturaleza son sus mutuas relaciones» (15). Nosotros ya hemos visto cómo es posible definir por sí mismo el pensamiento y cuál es su naturaleza propia.

Estos son los límites en que se puede hablar de relación o interdependencia entre el lenguaje y el pensamiento. Más lejos quizá no se pueda ir.

Posiciones encontradas.

La evidente aporía del problema hace explicable esa diametral división de opiniones en lo que a la relación entre el lenguaje y el pensamiento se refiere.

1) *El monismo de lenguaje y pensamiento.*—En primer lugar está la rotunda, casi dogmática afirmación de la estricta dependencia del pensamiento respecto del lenguaje, sobre todo en su desarrollo y elaboración. Esta opi-

(15) E. Benveniste, o. c., pp. 64-65.

nión está representada en su forma más extrema por autores de ideología materialista. Según ellos, ya desde la más temprana infancia, el desarrollo del pensamiento está supeditado al desarrollo del lenguaje, de modo que no hay pensamiento posible sin lenguaje hablado, así como tampoco hay lenguaje sin fondo de pensamiento. Las ideas sólo pueden formarse y existir a base de términos lingüísticos y de frases. No hay pensamientos sin materia lingüística. La lengua es la realidad inmediata del pensamiento.

Esta tesis se basa en el supuesto de que ni el pensamiento ni el comportamiento que éste condiciona son posibles si no se ha aprendido desde la infancia, dentro de un ambiente social, el uso normal de la lengua; pensar es siempre pensar en una lengua determinada, y no algo en que se pueda hacer distinción de momentos sucesivos: pensar primero, y luego traducir ese pensamiento en palabras. La conclusión que se deduce de los datos experimentales es, que sin la existencia de un sistema de símbolos no existe pensamiento humano. Lo específico del pensamiento humano se basa en su carácter conceptual, inseparablemente ligado al lenguaje entendido como sistema de símbolos (16).

En el desarrollo mental humano son incluso las categorías lingüísticas las que tienen la primacía, las que marcan el punto de arranque de la evolución. Aprendiendo a hablar es como el niño aprende a pensar, y como su conciencia oscura se abre a una conciencia humana. El pensamiento del hombre es totalmente tributario del lenguaje que ha aprendido de niño. Toda la educación, todo el desarrollo de la facultad de razonar y abstraer, no son sino un perfeccionamiento del lenguaje, al que viene a sumarse la escritura (17).

La base científica de todas estas afirmaciones estriba

(16) Cf. A. Schaff, *Lenguaje y conocimiento*. México, 1967, pp. 141 y siguientes.

(17) Cf. P. Chauchard, *Le langage et la pensée*. París, 1965, pp. 32 y siguientes.

en los datos de la psicología del desarrollo, tanto en su proceso normal como en su proceso anormal. Tales datos permiten formular las conclusiones siguientes:

a) Lo humano en sus orígenes —tanto si se consideran los orígenes de la humanidad como los del individuo— no es más que pura virtualidad, pura posibilidad de evolución y perfeccionamiento, que reside sobre todo en la facultad de adquirir el lenguaje, lenta invención colectiva a lo largo de los siglos, por un lado, lento y penoso aprendizaje del individuo a lo largo del desarrollo infantil, por otro lado.

b) La humanización es un proceso social que se debe a la inmersión del individuo en la sociedad. El hombre no piensa ni tiene conciencia de su yo sino porque desde la infancia ha recibido de la sociedad los medios de autoafirmarse. El principal de estos medios de autoafirmación es el lenguaje, que es, como dice Marx, la verdadera conciencia práctica del individuo. El hombre desprovisto de lenguaje, o que sólo posee un lenguaje rudimentario, no sólo es incapaz de relacionarse con el prójimo, sino que además sufre un enorme retraso en el desarrollo de su propia conciencia y de su propio pensamiento.

c) Por esta razón, la formación y desarrollo del pensamiento humano se debe al mismo proceso social, a las influencias culturales cuyo medio de transmisión es el lenguaje. El pensamiento humano es un proceso cultural de la sociedad, y las diversas formas de pensamiento son formas de los procesos culturales de las distintas sociedades. El hombre aislado no participa en este proceso; es un ser sin cultura y sin pensamiento; mas, dentro de la sociedad es donde adquiere cultura y pensamiento humanos. El niño va adquiriendo inteligencia en la medida en que su cerebro y sus facultades se desarrollan dentro del ambiente social impregnado de historia cultural.

d) El lenguaje, por ser la condición del pensamiento, es la barrera radical entre el animal y el hombre. La posibilidad del habla humana está ligada al cerebro. El habla

ha sido la característica de la especie humana desde el principio. Si el niño es incapaz de expresarse en palabras, es porque su inteligencia y su cerebro aún no están debidamente desarrollados. El desarrollo del cerebro es lo que crea la posibilidad de pensar y de hablar. Sin el desarrollo del lenguaje, que depende del funcionamiento del cerebro, el pensamiento, informe en sus orígenes, permanecería en ese mismo estado amorfo y rudimentario. Mas a lo largo del segundo y tercer año de vida, y mediante la progresiva adquisición del lenguaje, se efectúa el paso del estadio animal al estadio humano del pensamiento; cuando el niño comienza a designarse a sí mismo con el «yo», entonces comienza a pensar.

e) El hombre sin lenguaje, ya por aislamiento del ambiente social, ya por sordera, mutismo, etc., es un ser sin pensamiento o de pensamiento sumamente rezagado; es un ser deshumanizado.

Para que un ser humano carezca de habla, basta con que en su infancia haya sido sustraído al ambiente normal humano, es decir, no haya oído hablar. Aquí caben dos posibilidades: la del niño que en su crecimiento no ha tenido los estímulos de la voz humana por haber vivido no entre hombres sino entre fieras (los casos de niños salvajes criados entre lobos, gacelas, etc.), y la del niño sordo aislado de los estímulos del lenguaje por enfermedad. También se toman en consideración los casos de afasia y de balbuceo.

¿Qué grado de inteligencia poseen tales individuos humanos en estos casos?

La respuesta es difícil, pero a juzgar por las señales externas en los distintos casos observados, parece que estos seres solamente poseen un grado ínfimo de inteligencia. Naturalmente la situación varía según se trate de niños salvajes, o de sordomudos, o de afásicos. De todos modos, el individuo total o parcialmente aislado y sin el contacto normal humano en sociedad no se desarrolla como hombre, pues el hombre es por definición un ser social; a pe-

sar de su constitución biológica humana, sufre un deterioro en su humanización. Tan decisiva es la influencia del lenguaje y del medio social para el desarrollo normal de la persona.

De aquí la conclusión de que «no existen argumentos fácticos que puedan justificar suficientemente el dualismo, y que no se basen en errores y malentendidos. Si no se toma directamente la metafísica intuicionista como base, es imposible señalar hechos demostrables en los que aparezca el pensamiento independientemente de todo lenguaje, o sea de forma no verbalizada. Por el contrario, la experiencia parece querer resolver la discusión en favor del monismo lenguaje-pensamiento» (18).

2) *El dualismo de lenguaje y pensamiento.*—El dualismo de lenguaje y pensamiento es defendido normalmente por filósofos, para quienes los problemas lingüísticos poseyeron tradicionalmente, salvo escasas excepciones, un interés marginal. A diferencia de éstos, los lingüistas tienden a ver más bien una interdependencia o interrelación, un mutuo condicionamiento de ambas cosas, sin caer en el monismo ni en el dualismo. Ejemplo de esta actitud moderada puede ser la teoría de Sapir- Whorf, de que hablaremos posteriormente.

Desde el punto de vista filosófico, el dualismo de lenguaje y pensamiento es asunto que no admite discusión, sin que con esto se intente ignorar o negar la importancia del lenguaje en la expresión e incluso en el desarrollo del pensamiento. Pero también desde el punto de vista lingüístico se puede mantener una actitud idéntica, sin necesidad de entregarse a especulaciones abstractas o metafísicas. Ya dijimos al principio cómo Delacroix exige la presuposición de la inteligencia como elemento constitucional de la naturaleza humana. En este mismo sentido E. Buyssens ha dedicado recientemente un interesante artículo a demostrar con argumentos lingüísticos la total

(18) A. Schaff, o. c., p. 202.

independencia del pensamiento respecto del lenguaje. Veamos en resumen sus razonamientos (19).

Según Buysens, el pensamiento tiene largamente la primacía sobre el lenguaje. El pensamiento es el que ha promovido la evolución del hombre. Toda invención se debe a un acto intelectual; el empleo de la lengua como medio de comunicación es una iniciativa del pensamiento humano. El pensamiento creador debió existir antes de la aparición de la palabra. Si en contra de esto se sostiene que la lengua condiciona el pensamiento, entonces el problema del origen del lenguaje es insoluble. Sin suponer una potencia, una facultad que utilice y organice los conocimientos y que los asocie a las palabras, no es posible explicar la función del conocimiento. Por otra parte, nuestras lenguas no poseen todas las palabras necesarias para comunicar todos nuestros conocimientos. Es, por tanto, evidente que el campo de nuestros conocimientos no se identifica con el de nuestras palabras.

Después de refutar los argumentos de los que creen en la armonía perfecta entre el lenguaje y el pensamiento (a este propósito recuerda cómo Bloomfield rechazara el mentalismo preconizando un estudio mecanicista del lenguaje que eliminase toda alusión al pensamiento), corrobora su punto de vista con los cuatro argumentos siguientes:

a) La estructura de la frase no corresponde a una estructura paralela del pensamiento.

La articulación de la frase no está basada sobre una articulación hipotética de la idea expresada; la articulación de la frase tiene sus leyes propias que no comprometen el pensamiento. En muchas frases ocurren palabras vacías de sentido; por esto no se puede tomar la unidad de sentido como criterio de la unidad de la palabra. No hay, pues, correspondencia regular de unidad a unidad

(19) Cf. E. Buysens, *Vérité et langue. Langue et pensée*. Bruxelles, 1969.

entre las palabras y las ideas, y por tanto tampoco correspondencia en la estructura de las unas y de las otras. Una misma relación de ideas puede expresarse mediante relaciones sintácticas diferentes, y una relación sintáctica puede expresar diferentes relaciones de ideas o incluso ninguna. Las lenguas carecen de coherencia lógica, como prueban los casos de homonimia, polisemia, lenguaje figurado, expresiones idiomáticas, etc., que son la comprobación del desacuerdo entre la lengua y el pensamiento.

b) La lengua impone límites a la comunicación.

Toda lengua constituye un código de expresiones, dentro de las cuales y de sus posibles combinaciones se hace posible la transmisión de mensajes, la comunicación. Lo que asegura la comunicación no es el sentido particular de cada miembro de una frase, sino el significado global de la frase. No todos los signos de una frase tienen sentido; lo que tiene sentido es la frase completa, y ese sentido está en estrecha relación con la idea.

Por otra parte, los significados de las palabras son reflejo del acervo de conocimientos comunes, que a su vez forman la base y la posibilidad de entendimiento y comunicación entre los hombres. Ahora bien, una cosa son los conocimientos comunes a los individuos de un mismo grupo lingüístico, y otra los conocimientos particulares de los distintos individuos. Lo que la lengua nos garantiza es la comunicación de conocimientos comunes, no la comunicación de los particulares e individuales. La historia nos demuestra que individuos que han pretendido comunicar a sus semejantes ideas enteramente nuevas en los términos del lenguaje común, han sido siempre incomprendidos. El hecho de que una lengua no funcione sino sobre la base de conocimientos comunes, es quizás la causa principal de la inquietud que han sentido siempre los hombres respecto del valor de su lengua. El mero hecho de preguntarse por el valor de la lengua arrastra el sentimiento confuso de un desacuerdo entre la lengua y el pensamiento.

c) El pensamiento influye sobre la lengua modificándola.

La influencia del pensamiento sobre la lengua es un hecho histórico reconocido desde hace tiempo. Los grandes movimientos culturales, así como los descubrimientos científicos, han transformado profundamente las lenguas. Las transformaciones sociales producen también cambios semánticos. Cada época histórica deja su huella en la lengua. El comercio ha dado a conocer productos nuevos a los que era preciso dar nombre: patata, tomate, chocolate, etc. Cada vez que se da un conocimiento nuevo, el pensamiento busca un procedimiento nuevo para expresarlo, es decir, que el pensamiento modifica constantemente el uso lingüístico. Hace cosa de medio siglo, los lingüistas confundían las expresiones sonido y fonema que respondían a una única idea. Cuando la investigación creó una distinción de contenido conceptual, el sentido de ambas palabras quedó especificado; lo cual no hubiera sido posible si la idea se hubiera identificado con los términos usados para expresarla.

d) La lengua no influye sobre el pensamiento ni lo modifica.

La lengua está al servicio del pensamiento, el cual la modifica y se sirve de ella; la lengua no existe sino para esto: es un medio de influenciar a otros, un instrumento.

El pensamiento existe antes que la lengua, y el campo de nuestras ideas es más amplio que el de nuestras palabras. El pensamiento se puede ejercitar sin recurrir a las palabras, e incluso cuando se acompaña de palabras, su funcionamiento no está condicionado por las palabras empleadas.

El pensamiento organiza nuestras ideas de manera distinta a como la lengua organiza los signos; pero la lengua no condiciona el pensamiento. Sí puede ocurrir que las palabras engañen el pensamiento cuando, fuera de un contexto, son nuestra única fuente de información, por ejemplo en frases como estas: el sol sale, los sellos han

cambiado de color. La idea de que el lenguaje desarrolla nuestras facultades intelectuales sólo es verdadera en el sentido de que nos obliga a analizar las situaciones complejas a que aluden las palabras; pero este mismo análisis únicamente es posible si el pensamiento posee previamente la facultad de analizar. Por lo demás, las palabras son un excelente medio de fijar las ideas y conservarlas en nuestra conciencia (20).

Lenguaje y visión del mundo.

Del problema lenguaje-pensamiento se desprende una cuestión de suma importancia sobre todo para la filosofía del lenguaje: si el lenguaje crea, o por lo menos determina algún grado, la manera de pensar y de sentir de los individuos, lo que llamamos la «visión del mundo».

Quien conoce varias lenguas —y sobre todo si ha vivido en ambientes lingüísticos distintos del suyo propio— fácilmente viene a sospechar que una lengua es algo más que un sistema de signos referentes al mundo de los objetos y a nuestras relaciones con dichos objetos en él; que a través de una lengua, toda la realidad sensible, lo que llamamos experiencia del mundo, se nos comunica bajo un matiz propio y peculiar. Basta con que un español pase la frontera francesa por ejemplo, sin ir más lejos, para que tenga la impresión de que al otro lado de esa frontera las mismas cosas son percibidas y expresadas de manera distinta que en el propio país. Esta comprobación motivó ya en el siglo XIX las teorías sobre el genio del lenguaje», cuyo más destacado representante fue W. von Humboldt.

¿Influyen, pues, efectivamente las lenguas en la manera de pensar, sentir y expresar el mundo?

(20) Algunos de los argumentos empleados por Buysens no son tan convincentes que excluyan toda posibilidad de crítica; pero en todo caso reflejan un aspecto muy importante del problema, y en ese sentido son de gran interés.

Esta influencia ¿a qué se debe? ¿A las palabras, a las expresiones, a las metáforas, a las asociaciones que evocan, a la melodía y al ritmo del lenguaje?

Cada comunidad lingüística, cada grupo étnico, es por lo común heredero de una historia propia y portador de un etos peculiar que forman el sedimento en que descansa la ulterior evolución cultural y social de dicha comunidad lingüística o grupo étnico. Todos estos hechos se condensan en el lenguaje y se reflejan en él. Por eso las lenguas son el mejor exponente del carácter de los pueblos.

La etnolingüística es la ciencia llamada a estudiar estos fenómenos y a considerar la influencia de las costumbres de los pueblos en sus respectivas lenguas y viceversa.

El mayor interés lo han despertado estos estudios en Norteamérica, donde la existencia de numerosos grupos de indígenas aislados ofrecía graves problemas de estructuración social. Las investigaciones etnolingüísticas de la escuela antropológica americana tuvieron en un principio esta motivación, creando un gran aliciente para los estudios de las lenguas amerindias. Fruto de estas investigaciones fue la llamada hipótesis de Sapir-Whorf sobre la influencia de la lengua en la manera de concebir el mundo, hipótesis, por lo demás, no del todo nueva, pues ya se había formulado en el siglo XIX. Lo realmente nuevo fue, no obstante, su comprobación experimental.

Fue Sapir quien propuso los principios generales, mientras que Whorf dio a las ideas de Sapir un contenido concreto y una comprobación empírica basada en el estudio directo de la lengua de los hopi.

Las ideas fundamentales de Sapir pueden resumirse en estos términos: (21)

El lenguaje no es sólo un inventario más o menos sistemático de los distintos detalles de la experiencia importantes para el individuo, sino también una organización

(21) El pensamiento de Sapir sobre este tema se halla expuesto en sus artículos: *The status of linguistics as a science* (1929), *Conceptual categories in primitive languages* (1931) y *Language* (1933).

simbólica, creadora, cerrada, que define la misma experiencia. El lenguaje es una guía dentro de la realidad social.

Es una ilusión creer que uno puede adaptarse a la realidad sin ayuda del lenguaje. El mundo real viene construido en gran medida de modo inconsciente sobre las costumbres lingüísticas del grupo. No existen dos lenguas que representen la misma realidad social. Los mundos en los que viven sociedades distintas son mundos distintos y no simplemente el mismo mundo con distintas etiquetas.

A estas ideas dio Whorf confirmación empírica valiéndose de sus conocimientos de la lengua y cultura hopi.

Whorf fue un lingüista aficionado de gran talento. Después de haber recogido diversas experiencias lingüísticas en el ejercicio de su profesión de agente de seguros, a los 34 años de edad comenzó a trabajar con Sapir. Las ideas de Whorf son las siguientes (22):

El lenguaje es un producto social; es el sistema en que nos educamos desde la infancia y en el que formamos nuestro pensamiento; por esto configura también nuestra comprensión del mundo.

Dada la existencia de distintos sistemas lingüísticos, forzosamente existen distintas formas de pensar y por ende distintas maneras de concebir el mundo.

Cada sistema lingüístico no es simplemente un instrumento para expresar ideas; es más bien el que da forma a esas ideas, el que conduce la actividad mental. La formulación de ideas no es un proceso estrictamente racional, sino que se basa en una determinada gramática. El análisis de la naturaleza se atiene a las líneas dadas por los idiomas. El mundo se nos presenta en un fluir caleidoscópico de impresiones que deben ser organizadas por nuestro entendimiento, o más exactamente, por el sistema lingüístico de que nuestro entendimiento dispone. Frac-

(22) Los escritos de Whorf han sido editados por John B. Carroll bajo el título *Language, thought and reality* (M. I. T. Press, Cambridge, Mass. 1956).

cionamos la naturaleza y la organizamos en conceptos según el acuerdo vigente en la comunidad lingüística, codificado en las estructuras de nuestro idioma; sus normas son absolutamente obligatorias. Así llegamos a un nuevo principio de la relatividad, en virtud del cual distintos observadores, partiendo de los mismos hechos físicos, llegan a concepciones del mundo distintas. Cada lengua es un gran sistema estructural que, sin que el hombre tenga conciencia de ello, domina las formas de su pensamiento.

Pero el principal mérito de Whorf está en su esfuerzo por demostrar estos principios empíricamente. Con este propósito visitó la tribu de los hopi en Arizona, alcanzando un amplio conocimiento de la lengua y cultura de esta tribu india.

Según Whorf, los hopi desconocen, por ejemplo, las categorías de tiempo y espacio, empleando en su lugar las de *subjetivo* y *objetivo*. Lo subjetivo es lo futuro, lo que se está formando, tanto en el comportamiento animal como en el humano. Lo objetivo, por el contrario, es lo realizado, lo que ya no se puede cambiar: el presente y el pasado. Los hopi conciben la realidad como una serie de acontecimientos, evitando la estructura de sujeto y predicado, propia de las gramáticas indoeuropeas.

Estos y otros aspectos de la estructura de la lengua hopi determinarían, según Whorf, el que los hopi conciben el mundo bajo categorías distintas de las nuestras, o lo que es igual, tengan una visión del mundo distinta de la nuestra.

Esta es a grandes rasgos la hipótesis Sapir-Whorf sobre la influencia de la lengua en la manera de concebir el mundo; en el fondo una derivación, en forma algo mitigada, del monismo lenguaje-pensamiento.

* * *

Si después de todo lo dicho es acertado intentar un resumen, algo así como una fórmula de conciliación para

puntos de vista tan dispares, yo me atrevería a proponer la siguiente:

La formación del pensamiento y del lenguaje en el hombre es y permanecerá siempre un proceso oscuro, y por idéntica manera la relación entre ambos. El pensamiento y el lenguaje se desarrollan y funcionan paralelamente, al mismo tiempo que se influyen y se complementan en varios aspectos. Son realidades distintas y pertenecen a estratos psíquicos diferentes dentro de la estructura de la persona, pero están hechos para ser soporte el uno del otro. Esto es lo que se desprende del concepto mismo de unidad de la persona humana, dotada de facultades diversas, pero aunadas en una sinergia de acciones.

El pensamiento y el lenguaje no se desarrollan en mutua independencia; ambos son resultado de un proceso evolutivo, dado tanto en la sociedad como en el individuo. Es difícil precisar cuál de los dos determinó el primer impulso de la evolución, por más que parece lógico fuera el pensamiento; pero también podría pensarse en un impulso simultáneo y en un origen común.

Pensamiento y lenguaje no implican identidad, sino reciprocidad; ambos poseen características propias y formas de realización por las que mutuamente se diferencian. El pensamiento, la idea, es el reflejo mental de la realidad objetiva; la experiencia del mundo se hace concepto. Pero aquí el lenguaje tiene su parte activa: el concepto nace en la mente a veces por conducto de la palabra; además, todo concepto pugna por fijarse en imágenes verbales que lo hacen, por así decir, más humano; igualmente los juicios se traducen en frases, que son el medio de comunicación entre los individuos. El pensamiento tiene por objeto la captación de la realidad objetiva, y el lenguaje la transmisión de la realidad pensada mediante formas fónicas.

Que el lenguaje en esta tarea no es ni puede ser copia fiel del pensamiento, es cosa difícil de poner en duda,

pues el lenguaje tiene sus formas propias y una estructura definida, que no tiene por qué identificarse con las formas y la estructura del pensamiento. Por lo demás, a través de la estructura lingüística son interpretables uno o incluso varios contenidos de pensamiento. Todo lenguaje posee siempre un margen de elasticidad, pudiendo abarcar sentidos diversos.

Teniendo en cuenta esta autonomía, se ve lo acertado de aquella observación de Sapir, de que el lenguaje pudo haber servido en sus orígenes a fines muy por debajo del plano conceptual, y que el pensamiento debe su origen a una interpretación cada vez más depurada de los contenidos lingüísticos (23)

Bajo estos supuestos cabe pensar que el hombre, racional por naturaleza, aun en sus estadios más primitivos, habría recurrido al lenguaje como medio de desarrollar su pensamiento. Con lo cual el mismo lenguaje habría quedado perfeccionado. De este modo, a lo largo de la evolución (el proceso es análogo ya se considere la evolución de la especie humana o el desarrollo psicológico del individuo) el lenguaje y el pensamiento se influyen mutuamente, al par que se distancian uno de otro en busca de sus propias estructuras.

El lenguaje empleado por el niño en los primeros estadios de su aprendizaje es bien rudimentario, y delata un pensamiento muy vago y limitado; sobre la base de ciertas impresiones va aprendiendo a dar nombre a las cosas; más tarde viene la percepción de relaciones con su correspondiente expresión lingüística; por fin, el pensamiento discursivo y su traducción a imágenes verbales.

En cuanto a las pruebas experimentales aducidas para probar la dependencia del pensamiento con respecto al lenguaje, parece que dichas pruebas no pasan de comprobaciones externas que no llegan a explicar la raíz íntima de los fenómenos observados. La idea de que el pensa-

(23) Cf. E. Sapir, o. c., p. 15.

miento y el lenguaje dependen de la organización y perfección del cerebro humano reduce el problema a su plano más superficial. Los fenómenos psicomotrices y nerviosos que acompañan a la producción del lenguaje, así como los procesos cerebrales que condicionan el pensamiento, no explican el hecho mismo de pensar y hablar, ni la relación existente entre ambas cosas.

Tampoco la evolución misma explica nada. Las formas de vida superiores no se derivan de las inferiores por simple desarrollo de estas últimas; la evolución biológica se limita a crear las condiciones favorables a la aparición de nuevas formas.

Por esta misma razón, la vida social no explica por sí sola las formas de evolución del espíritu humano; la sociedad crea un clima más o menos propicio a esa evolución, pero no crea el espíritu mismo, y tampoco crea el lenguaje ni el pensamiento. Por eso parece exagerado negar todo nivel de inteligencia a los individuos aislados de la sociedad, a los que no han aprendido el uso del lenguaje. Sabemos que el lenguaje es señal de actividad mental, de inteligencia; pero no sabemos si se da actividad mental, más o menos desarrollada, con defecto de lenguaje. El caso de los niños salvajes es muy complicado, pues, si bien en ellos los hábitos de comportamiento animal han sustituido a los hábitos de comportamiento humano, no queda excluido el que precisamente ese enorme esfuerzo de adaptación a formas de vida tan distintas de las humanas sea fruto de una actuación inteligente; es decir, que sería posible en estos seres una inteligencia humana escondida bajo formas de comportamiento animal.

También es difícil hacerse una idea exacta del grado de inteligencia de los sordomudos. De todas formas, el sordomudo vive en un ambiente humano y puede desarrollar su inteligencia por la simple observación e imitación. Además, apenas hay sordomudos que no hayan sido reeducados en alguna manera.

En los trastornos debidos a los distintos tipos de afa-

sia y al balbuceo, se trata de lesiones o defectos de carácter nervioso motriz que afectan a los centros cerebrales del lenguaje. La afasia no perturba el funcionamiento intelectual sino en la medida en que los pensamientos están asociados a las palabras. El afásico conserva el pensamiento por imágenes, en tanto que ha perdido la posibilidad de formularlo. Lo cual muestra una independencia del pensamiento respecto de su expresión verbal.

De todo esto se podría concluir que la formación y desarrollo del lenguaje, antes que ser el medio de desarrollar la inteligencia, son el índice del comportamiento inteligente del individuo.

Pensamiento y lenguaje se influyen mutuamente, pero mantienen su propia autonomía. El lenguaje muestra una notable inferioridad respecto del pensamiento. El pensamiento desborda el lenguaje, y el lenguaje cobra vida siendo manifestación del pensamiento.